



Estudios sobre las
CULTURAS
CONTEMPORÁNEAS

Estudios sobre las Culturas Contemporáneas

Universidad de Colima

pcultura@cgic.ucol.mx

ISSN (Versión impresa): 1405-2210

MÉXICO

1996

Oscar F. Contreras

LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA VIDA REAL

Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, diciembre, año/vol. II, número 004

Universidad de Colima

Colima, México

pp. 137-149

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México



reDalyC
LA BIBLIOTECA CIENTÍFICA EN LÍNEA
<http://redalyc.uaemex.mx>

LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA VIDA REAL

Oscar F. Contreras

Cuando me preguntan a qué me dedico, suelo tomar prestada una frase de Bernard Shaw para contestar: "Aunque soy un sociólogo, no debéis suponer que no he intentado ganarme la vida honradamente". Trato de defenderme con ello, por anticipado, de la mirada de extrañeza o la pregunta francamente irónica que con toda seguridad lanzará mi interlocutor: "¿y eso para qué sirve?" Pregunta incómoda sin duda, que muy pocos científicos sociales en México podrían responder de manera convincente. Vamos, difícilmente la podrían responder siquiera con convicción, ya que para ello se requiere tener una idea más o menos clara de lo que se intenta decir. Aún recuerdo con angustia la ocasión en que mi sobrina Marisol, que entonces tenía 10 años, me fulminó con sus preguntas ingenuas y certeras en las playas de Puerto Peñasco, o las múltiples ocasiones en que mi abuelo, sentado bajo un inmenso encino en las afueras de Tecate, intentó arrancarme alguna declaración sensata sobre la carrera que estaba estudiando.

Sin la pretensión de convencer a nadie, en este artículo se intenta esbozar una respuesta a la terrible pregunta: ¿para qué sirven las ciencias sociales? Más que persuadir, el texto aspira a ser una invitación al debate, tan necesario, sobre el sentido de la actividad profesional de los científicos sociales en el México de hoy.

Hay sin duda muchas maneras de enfrentarse a la pregunta sobre el sentido de nuestra actividad académica; podría abordarse desde el punto de vista de las urgencias del país y sus prioridades sociales, o bien a partir de un balance de las instituciones dedicadas a la investigación social,

o haciendo una revisión de las metodologías, los paradigmas teóricos, etcétera. Ciertamente todos ellos son temas importantes, pero en esta ocasión he preferido explorar el problema desde otro ángulo, referido a los compromisos y las orientaciones del trabajo académico, principalmente en las ciencias sociales, aunque algunas de estas reflexiones podrían aplicarse por igual a otras áreas de la actividad científica. Además, si bien ésta intenta ser una reflexión de carácter general, por las referencias específicas se comprenderá que las ideas aquí expuestas se basan en una experiencia profesional desarrollada principalmente en instituciones regionales, es decir "en algún lugar del territorio nacional" que no es el Distrito Federal, en diversas regiones de esa vasta geografía que la imaginación centralista aún se empeña en denominar "la provincia".

Recientemente, un colega de la UNAM estuvo en la Universidad de Sonora, impartiendo un curso sobre teoría social a los profesores del Departamento de Sociología y Administración Pública. En la primera sesión del curso, el conferencista trazaba un diagnóstico bastante desalentador sobre el estado actual de las ciencias sociales en México, atribuyendo esta situación, en gran medida, a la falta de "apoyos" y recursos para la investigación y la enseñanza de nuestras maltrechas y nunca bien ponderadas disciplinas científicas.

Aunque en general comparto la opinión de que "debería" haber más y mejores recursos para las actividades científicas en nuestro país, y específicamente para las ciencias sociales, a poco de escuchar la apesadumbrada enumeración de nuestras carencias y rezagos empecé a sentir el aguijón de la duda y la incomodidad, por lo que me atreví a lanzar algunas preguntas inocentes a la nutrida concurrencia: de acuerdo, somos menospreciados, ignorados, incomprensidos, pero ¿es que acaso tenemos algo que decir? La poca audiencia que convocamos ¿será producto de la mala fe de quienes detentan el poder y controlan los recursos, o es que quizá no tenemos nada importante que ofrecer?

Puesto en otros términos, ¿qué hemos hecho los científicos sociales para ganarnos el respeto, la credibilidad y por lo tanto el "apoyo" de la sociedad? ¿a cuenta de qué mereceríamos disponer de mejores condiciones para nuestro trabajo? Más allá de los recintos universitarios, los institutos de investigación y los cafés ¿qué importancia tienen las ciencias sociales para la vida real?

Después de formular estas y otras preguntas similares, noté que nuestro conferencista empezó a sudar copiosamente. Impulsado por la maldita manía de buscar explicaciones racionales a todo, se me ocurrieron dos causas probables de aquel fenómeno fisiológico:

- a) El equipo de refrigeración de la Universidad no es el más adecuado para soportar el calor de Hermosillo;
- b) Ni siquiera un científico experimentado, procedente de nuestra entrañable Universidad Nacional, está preparado para responder de manera clara y sencilla a unas cuantas preguntas sobre la naturaleza, el significado y la importancia de su trabajo.

Las notas que ahora presento son una elaboración un tanto más organizada de mi intervención en aquella sudorosa sesión, y mis comentarios se centran en tres aspectos: uno externo y pragmático, referido a la "utilidad" de las ciencias sociales, y dos internos o institucionales, relacionados con el marco valorativo y la organización de la actividad académica.

A riesgo de exagerar un poco, me atreveré a proponer que la desafortunada situación de las ciencias sociales mexicanas, además de ser producto de la mala situación general del país y de su torpe política científica, es resultado también de la pésima reputación de nuestro gremio; más aún, que esta mala fama nos la hemos ganado a pulso.

Pero tal vez el primer requisito para postular un juicio semejante sea el establecer un mínimo acuerdo sobre los criterios de valoración para calificar nuestra actividad, sus logros y sus desaciertos. Así pues, propongo para su discusión tres niveles de "evaluación" de nuestro desempeño, correspondientes a otras tantas "funciones" de los científicos sociales como:

- 1) Profesionistas al servicio de la comunidad,
- 2) Intelectuales, y
- 3) Científicos.

En un plano muy general, se puede afirmar que los científicos sociales están entrenados en una esfera del saber que los habilita para descifrar y hacer comprensibles los mecanismos mediante los cuales se producen, se reproducen y cambian las comunidades, las instituciones sociales, las organizaciones, los grupos, las movilizaciones, la vida cotidiana de los colectivos humanos.

Al igual que los objetos estudiados por otras ciencias, estos mecanismos no son evidentes al sentido común, no son en absoluto transparentes y en ello está la gracia (y la razón de ser) de las ciencias sociales. Se ha dicho incontables veces, pero acaso no está de más repetirlo: el hecho de que cualquier ciudadano sabe algo (y a veces mucho) sobre los mecanismos y los procesos sociales no necesariamente es una ventaja desde el punto de vista del conocimiento científico. La aparente "familiaridad" de nuestra materia suele ser más bien un obstáculo al conocimiento riguroso: llegado el caso, todo mundo cree saber qué es y cómo

funciona un hogar, una empresa, un partido político, etcétera. Como casi todos hemos tenido algún tipo de experiencia con estas entidades, fácilmente nos sentimos autorizados a disertar sobre ellas, mientras que retrocedemos con temor reverencial ante la sola mención de los protones, los positrones y los neutrinos.

Pero indudablemente hay algo más que lo que el ciudadano común puede captar y discernir acerca de su propio medio social. Fenómenos complejos, fascinantes y misteriosos, que requieren de métodos, teorías e instrumentos de observación especializados para ser aprehendidos. Usando la metáfora mecánica de Elster, al saber de las ciencias sociales le atañe entender cómo están engarzados las tuercas y los tornillos de la organización social, y cuáles son los mecanismos que la ponen en movimiento. Gracias a este tipo de saber, las sociedades están capacitadas para reconocerse racionalmente en tanto que productos de la propia acción humana y, en consecuencia, en tanto que entramados convencionales susceptibles de por lo menos un cierto grado de control. Así que tampoco está de más el énfasis en el hecho de que se trata de un saber *estratégico* para la comunidad, ya que se refiere a sus propias bases de sustentación. Al hacer inteligibles los mecanismos que producen la organización y la desorganización, el orden y el desorden sociales en sus muy diversos niveles y expresiones, las comunidades incrementan (al menos potencialmente) su capacidad de intervención sobre sí mismas.

De ahí que una primera responsabilidad de los científicos sociales sea el poner este saber al servicio de la comunidad y de sus problemas. Vale la pena establecer con toda claridad este primer nivel de valoración: se trata de intervenir en las tareas *prácticas* de la comunidad, de contribuir a la resolución de problemas concretos, de elaborar instrumentos de intervención con fines específicos.

Desde luego, cabe aquí hacer una distinción entre “la sociedad” y “el gobierno”. Aunque pudiese parecer ocioso, resulta de la mayor relevancia detenerse un poco en este punto, ya que en la actualidad muchas de las presiones hacia el gremio de los científicos sociales suelen partir de la premisa de que sólo atendiendo a las urgencias gubernamentales los científicos están respondiendo a su compromiso social.

A guisa de ejemplo, permítaseme citar el caso de una de las más jóvenes instituciones de investigación en ciencias sociales de México. El artículo primero del Reglamento General Académico de dicha institución, establece en su primer inciso que sus objetivos son:

Producir conocimiento científico y tecnología, mediante la realización de investigaciones y carácter interdisciplinario en el área de las ciencias sociales y ecológicas, cuyos resultados se puedan convertir en insumos para

la planeación del desarrollo económico, social, cultural y ecológico del norte de México.¹

No es trivial que el principal instrumento normativo de una institución dedicada a las ciencias sociales, inicie con un artículo que establece esta precisa noción del trabajo académico, en cuyo centro se encuentra la producción de conocimientos con fines de "servicio público"; de ahí se derivan no sólo las obligaciones centrales del trabajo de sus integrantes sino también, y quizá sobre todo, el *ethos* institucional que permea sus actividades.

A partir de la definición oficial arriba citada, podemos enunciar el primer criterio de valoración del trabajo académico a partir del compromiso de *proveer insumos para la toma de decisiones públicas*. En este caso, la misión dominante estriba en generar los insumos pertinentes para la toma de decisiones, y el parámetro de valoración será la eficacia técnica y política de los instrumentos de decisión generados. Huelga decir que este compromiso es ineludible, no sólo por el carácter de instituciones públicas de nuestros centros de enseñanza e investigación, sino además por el papel que estas instituciones y estas actividades están llamadas a ocupar en las actuales circunstancias económicas y sociales del país. A este respecto, de lo científicos sociales mexicanos se podrían decir lo mismo que señalaba aquel famoso biógrafo en la primera página de su obra sobre Dante: "... le tocó vivir en tiempos difíciles (como todos los hombres, en todas las épocas)". Pero sucede que, además del talento y del buen uso del idioma, nuestros científicos sociales se diferencian del célebre poeta porque no se ocupan retrazar la topografía inmóvil de la muerte eterna, sino de establecer el mapa (uno de los posibles mapas) de la inquieta vida social en esta tierra. Su materia de trabajo está inevitablemente cargada de actividad y de conflicto, y sus conocimientos le remiten a problemas de aquí y de ahora, que reclaman su intervención de expertos.

Lamentablemente, en este plano suelen presentarse dos tipos de malentendidos que resultan en extremo nocivos y que en conjunto arrojan un saldo bastante negativo en el balance. Por una parte, la sobrepolitización (a la izquierda, por supuesto) de las ciencias sociales en los años setenta dejó una lastrosa herencia de la que aún hoy en día resulta difícil deshacerse. Consiste en una pretendida "pureza" ideológica de los científicos sociales, según las causas heroicas del pueblo, siempre y cuando el pueblo esté representando por algún tipo de vanguardia histórica. Desde esta perspectiva, cualquier participación en las tareas de investigación y planeación de las dependencias gubernamentales o de las empresas privadas es rechazada, con horror puritano, como síntoma de

claudicación ante el enemigo. En el mejor de los casos, será considerada como un mal necesario ante las urgencias apremiantes de la sobrevivencia (del investigador, por supuesto).

En el otro extremo, y volviendo al caso de la institución antes aludida, quienes han superado el síndrome de la izquierdización de las ciencias sociales suelen padecer de un mal inverso y acaso más dañino, que consiste en suponer que sólo trabajando en beneficio del gobierno (peor aun, en beneficio de los gobiernos emanados de cierto partido, de cuyo nombre no puedo acordarme) los científicos sociales cumplen legítimamente sus compromisos con la sociedad.

Pero más allá de esta discusión sobre el papel asignado o asumido de los científicos sociales como "servidores públicos", es preciso reconocer en nuestra actividad como académicos, una continuidad histórica que le da sentido y perspectiva. Aun en la circunstancia de pertenecer a instituciones subsidiadas por el Estado, la naturaleza del trabajo que realizamos nos hace formar parte de un "gremio" con una antigua y acendrada tradición, forjada a lo largo de una dilatada historia y al calor de muy diversas configuraciones institucionales. Frente a esta tradición es que podemos definir (y defender) los compromisos y las orientaciones del trabajo académico en un plano más ambicioso y profundo que el de la mera urgencia por elaborar instrumentos para la planeación y el desarrollo.

El reconocimiento de esa tradición implica una redefinición de nuestro papel, que no excluye pero que corrige y amplía la noción de los académicos como servidores públicos. Me refiero a su papel como *intelectuales* y como *científicos*.

En el primer caso, es decir en el papel de intelectuales, el compromiso hacia el gremio, hacia la tradición y hacia la sociedad se cifra fundamentalmente en la responsabilidad de *orientar a la opinión pública*. Sin tratar de definir aquí el elusivo concepto de "opinión pública", vale recordar que una de las figuras sociales más características del occidente moderno ha sido la del intelectual crítico, espécimen que cuenta en su haber con una memorable estirpe que va desde Voltaire hasta Jean Paul Sartre y Bertrand Russell (¿alguien desea incluir en la lista a Jorge G. Castañeda y a Octavio Paz? ¡Bienvenidos sean!). Aquí se trata, más que de la obligación contractual que norma el servicio público, de una "vocación intelectual de intervención", de una militancia del pensamiento y de un compromiso político, en el sentido más amplio y antiguo de la palabra.

Sin duda alguna, la fauna de los intelectuales también ha sido motivada por un claro sentido de la utilidad del conocimiento, pero no en la

acepción de un conocimiento al servicio del Estado o del gobierno (más bien al contrario: las obras más perdurables del gremio se han erigido por lo general en contra de los poderes establecidos), ni en la acepción técnico-instrumental del conocimiento especializado de aplicación institucional. Y es que además del "saber", lo que le da valor al conocimiento es su utilidad argumentativa al servicio de una *perspectiva* de la justicia y la razón. Por ello, el pensamiento "valioso" es aquel capaz de encarnar en la acción de quienes luchan en contra de la injusticia y su cauda de desigualdad y autoritarismo. Sea que se le conciba como instrumento de combate o como medio para el diálogo civilizado, el conocimiento es esgrimido como un arma del progreso, pero del progreso moral y social de las comunidades.

Alain Touraine, uno de los académicos que ha asumido con mayor lucidez su condición de intelectual moderno, ha afirmado que el papel de los intelectuales en la sociedad es

ayudar a que se manifieste el sujeto, al aumentar la voluntad y la capacidad de los individuos de ser actores de su propia vida.²

Ayudar a que se manifieste el sujeto, es decir, poner nuestro saber a su servicio para contribuir a incrementar su capacidad de reconocimiento e interlocución, para desarrollar sus medios de expresión, para estimular sus debates democráticos, para orientar sus prácticas.

Esta es entonces una segunda dimensión de nuestro compromiso, no siempre bien comprendida o tolerada, y no siempre asumida por los propios académicos. En este plano el parámetro del éxito no reside en la eficiencia ingenieril de los instrumentos elaborados, sino en la eficacia del conocimiento para encarnar en acción, para inspirar el diálogo racional entre los actores sociales, para iluminar los argumentos de la lucha por la justicia y la convivencia civilizada.

Desde mi personal punto de vista, el balance de nuestra labor en este terreno no es nada satisfactorio. Salvo notables excepciones, nuestro compromiso con la sociedad regional y sus múltiples actores sociales dista mucho de ser eficaz, en el sentido antes mencionado. Desde luego, siempre tendremos a la mano o a algún Pablo González Casanova, a un Sergio Zermeño o a un Rodolfo Stavenhagen (y la memoria de un Guillermo Bonfil) para argumentar que sí hay verdaderos intelectuales entre los científicos sociales. Pero también basta con observar la apatía auto-complaciente de la mayoría de nuestros círculos profesionales para comprender por qué escasea la credibilidad de nuestras ciencias.

Pero hay todavía un tercer plano de valoración de la actividad académica, quizá el más importante y complejo de todos, que podemos definir como el compromiso con *el desarrollo del conocimiento científico*.

Sin lugar a dudas es en este nivel donde se manifiesta con mayor elocuencia el problema de la "tensión" entre compromisos que, aunque no son necesariamente excluyentes, presentan muy distinta naturaleza: la utilidad social del saber y la acumulación de conocimientos especializados.

Esta tensión puede ser reconstruida en el plano más existencial de la actividad: descontando a aquellos investigadores que por incapacidad, por pereza o por prejuicios ideológicos no pueden responder a las exigencias del mercado, hay otros para los cuales la presión por producir más y orientar su trabajo hacia la producción de conocimientos más "útiles" constituye una verdadera trampa a la creatividad, en la medida en que les distrae de sus legítimas preocupaciones científicas. En muchos casos, las mejores aportaciones en una disciplina científica se logran mediante un trabajo paciente, reflexivo, artesanal, contra el cual atentan brutalmente las obtusas presiones productivistas. Sin duda es muy difícil lograr un equilibrio tal que permita atender a la "demanda" sin descuidar la calidad científica del trabajo, sin olvidar los compromisos de intervención directa y sin eliminar el carácter lúdico de la creación intelectual.

En este sentido es injusta la habitual valoración de los logros de los científicos sociales en comparación con los logros y las funciones de otros profesionistas como los médicos o los ingenieros, que desarrollan una labor técnica basada en conocimientos científicos articulados en una práctica profesional con fines específicos de intervención.

Porque nuestra profesión, más que por el saber técnico, está regida por un antiguo principio de indagación que Aristóteles llamó la admiración (la curiosidad, diríamos hoy), que impulsa a todo espíritu inquisitivo y que determina no sólo una actitud hacia el mundo exterior sino además una misión, un interés primordial y articulador. Tal es el principio rector de la más noble tradición del gremio científico, desde las academias griegas hasta los modernos centros de investigación, pasando por los monasterios benedictinos y las universidades del Renacimiento.

Este principio puede ser enunciado diciendo que el conocimiento en sí mismo tiene un interés propio e irreductible a los fines pragmáticos; ciertamente aquí también estamos dentro del terreno del "interés", pero en este caso se le puede distinguir como una estructura particular y semi-autónoma: el interés cognoscitivo. Con Scheler y Habermas sabemos que no existe algo así como la "teoría pura" o la actitud contemplativa desinteresada; todo conocimiento está impulsado por la fuerza estructuradora del sujeto, y es por lo tanto un esfuerzo vital arraigado en el proyecto general de autoconstitución y preservación de la especie hu-

mana. Pero antes que incursionar en el pantano de la fundamentación trascendental del conocimiento científico, concedamos por el momento que se trata de un interés del todo distinto del que nos lleva a tomar partido frente a un movimiento social o a practicar la "ingeniería social" para consumo gubernamental.

En este tercer plano, lo que está en juego es el desarrollo del conocimiento dentro de los marcos y las reglas de las disciplinas científicas. Mientras que en los otros dos niveles el producto del trabajo intelectual está presidido por el imperativo de los beneficios inmediatos y el inmediato éxito práctico; en este terreno lo que importa en un producto es su contribución al debate científico dentro de una disciplina especializada. Aquí se juzgará qué tan sólido es un concepto, qué tan coherente es una hipótesis, cuán consistente es una demostración, de qué manera una investigación contribuye al desarrollo o a la refutación de una teoría. Y a quienes habrá que convencer (o derrotar en buca lid) no es a los políticos, a los burócratas o a los dirigentes sociales, sino a los pares ocupados en la misma clase de problemas científicos. Dicho en otras palabras, aquí los parámetros de valor los provee la propia "comunidad científica" (Kuhn), esa veleidosa sociedad de pensadores vivos y muertos dedicados a las tareas más extrañas: identificar problemas interesantes en la vida real, convertirlos en problemas científicos para llevárselos a su oficina, encerrarse con ellos durante largas jornadas que se convierten en semanas, meses, años... y criticar implacablemente a sus colegas dedicados a las mismas tareas y a los mismos problemas.

Pero estas extrañas actividades, que para los burócratas no son sino formas del ocio, están severamente reglamentadas por un sutil pero efectivo sistema de sanciones y recompensas que premia la creatividad, la originalidad y el rigor intelectuales tanto como castiga la pereza, la inconsistencia y la charlatanería. Así, cuando no se interponen las burocracias (que por desgracia siempre se interponen), son los líderes intelectuales reconocidos por la propia comunidad científica quienes marcan las pautas y establecen los parámetros del éxito y del fracaso. Desde esta perspectiva, la reponsabilidad de los científicos sociales será evaluada frente a la tradición y la comunidad científica, con un parámetro de valoración que consiste en el reconocimiento de esa comunidad por sus contribuciones sustantivas en los campos especializados del saber.

Esta tradición, este legado, no sólo imponen una misión y un compromiso general con la cultura científica; además, exigen una actitud cognoscitiva y un compromiso vital por parte de sus amanuenses. Max Weber, uno de los más esclarecidos defensores modernos de la tradición, lo planteó en los siguientes términos:

Sólo mediante una estricta especialización puede tener el trabajador científico ese sentimiento de plenitud, que seguramente no se produce más de una vez a lo largo de la vida, y que le permite decir: aquí he construido algo que durará. En nuestro tiempo la obra realmente importante y definitiva es siempre obra de especialistas. Quien no es capaz de ponerse, por decirlo así, unas anteojeras y persuadirse a sí mismo de que la salvación de su alma depende de que pueda comprobar este conjetura y no otra alguna, en este preciso pasaje de este manuscrito, está poco hecho para la ciencia. Jamás experimentará en sí mismo lo que podríamos llamar la "vivencia" de la ciencia. Sin esta extraña embriaguez, ridícula para todos los que la ven desde fuera, sin esta pasión, sin este sentimiento de que "tuvieron que pasar milenios antes de que yo aparaciera y milenios aguardaron en silencio a que yo comprobase esta hipótesis", no se tiene vocación para la ciencia y es preferible dedicarse a algo distinto. Nada tiene valor para el hombre en cuanto hombre si no puede hacerlo con pasión.³

Karl Popper, a sus 87 años de edad, volvía al tema de una de sus agueridas conferencias:

Pienso que sobre esta cuestión sólo hay un camino para la ciencia o para la filosofía: Encontrar un problema, ver su hermosura y enamorarse de él, casarse y vivir felizmente con él hasta que la muerte nos separe. A no ser que se encuentre otro, o quizá otros problemas, más fascinantes, o a menos que usted logre solucionarlo. Pero incluso si lo consigue, debería descubrir entonces, para su deleite, la existencia de toda una familia de problemas hijos, encantadores, a veces difíciles, por cuyo bienestar usted deberá trabajar, con todo su esfuerzo, hasta el fin de sus días.⁴

Difícilmente podría superarse en claridad y envidia a estos autores. Pero subsiste un problema: ¿son suficientes la vocación, la voluntad y el talento de los científicos sociales para estar en condiciones de desarrollar eficazmente sus tareas?

Dadas las circunstancias en las que se realiza el trabajo de investigación científica en nuestros días (es decir en el contexto de centros de investigación y universidades que dependen de fondos públicos y en menor medida privados), el marco de referencia inmediato para la valoración de nuestro trabajo está dado por la organización institucional, sus metas y sus normas. En el terreno de la ética, el concepto de "virtud" ha sido claramente establecido como la mediación activa, socialmente exaltada, del valor. En otras palabras, cuando nos referimos al valor otorgado al trabajo de investigación nos estamos refiriendo a la *calificación* de nuestro trabajo, una calificación que pasa por la mediación institucional y por la legitimación de una determinada comunidad. Así, el problema de los parámetros de valor se remite a dos planos fundamentales:

- a) La pertenencia a un contexto moral (que dependiendo de la orientación dominante puede ser el gobierno, la sociedad, la comunidad científica, etc.), y
- b) La mediación institucional de ese contexto (la organización, sus metas y sus normas).

De ahí la importancia de la definición social que asume nuestra actividad y, sobre todo, el papel cardinal de las comunidades científicas para legitimar esas definiciones. Tengo tan mala memoria que tampoco puedo recordar ahora el nombre de aquel exitoso director de una institución que, frente a los dilemas de la intensa competencia política regional, suele espolear a sus investigadores recordándoles: "Ustedes saben de dónde viene la nómina, y a quién le debemos lealtad: ¡somos federales!".

Frente a la politización cerril de la academia, que por momentos parece representar un sainete entre federales y alzados, y frente al productivismo estéril de los administradores, obsesionados por los formatos, los informes y los controles burocráticos disfrazados de "excelencia", en los científicos sociales recae el doble compromiso de mantener viva la tradición intelectual en que se funda su cofradía y a la vez legitimar socialmente una definición adecuada a los intereses cognoscitivos de la actividad científica.

Tal como lo expresó José Medina Echeverría, en la actividad científica tanto los fines como los medios se encuentran estrechamente vinculados:

La ciencia (...) no necesita de nuevas misiones porque ella es en sí misma misión: de racionalidad, seguridad y libertad; misión, moralmente hablando, de tolerancia y mesura...

Pero, además, la ciencia es en sí misma ejemplo de auténtica comunidad en la medida en que es tarea colectiva y cooperativa. Es foro abierto en donde todos pueden dejar oír su palabra por modesta que sea, y en donde lo decisivo no es la gran personalidad, sino la confirmación y la prueba. Sólo hay comunidad donde existe algo comunicable, el problema está en si esa comunicación va a producirse estimulando el desarrollo de la inteligencia y la participación de todos...⁵

Sólo una observación más. Actualmente y en nuestro país, las orientaciones y los compromisos asumidos por la investigación científica pasan por el filtro ineludible de un modelo institucional, es decir, de la estructura organizativa del centro de trabajo donde se realiza la actividad: un medio capaz de estimular o inhibir el cumplimiento de los compromisos cognoscitivos, sociales y políticos tal como han sido formulados en los párrafos precedentes. La tarea de moldear y legitimar esos medios no es sólo de las instituciones como tales sino de los académicos en

lo individual y, especialmente, de los grupos de trabajo. En los días que corren, cuando las presiones del mercado y de la política tratan de redefinir los compromisos sustanciales de la actividad científica, vale la pena tener presente que la dinámica del mercado, que ciertamente estimula la competencia y la creatividad, también suele obnubilar el pensamiento crítico y destruir a la comunidad. Se dirá que la "comunidad científica" es poco menos que una selva, pero lo cierto es que, aun en medio de las más feroces pasiones y los más mezquinos intereses, estas comunidades han sabido cultivar, proteger y alentar algunas tradiciones que son nuestro legado y tenemos el deber de conservar.

Amenazadas por la burocracia enmascarada de excelencia, asediadas por los políticos modernos y sus urgencias tecnocráticas, erosionadas por el apático bostezo de sus propios guardianes, estas tradiciones constituyen la fuente más auténtica de nuestra identidad y de nuestro proyecto.

Y es que, a final de cuentas, nuestras jornadas de escritorio y de computadora son también un asunto de la vida real y también suponen una aventura arriesgada y sublime. Siempre y cuando, como en la imagen acuñada por Savater, sepamos acudir al conocimiento con el mismo ánimo de Ulises cuando se aproximaba al lecho de Circe: con temor, pero con deseo.

Notas y referencias bibliográficas

1. Puesto que se trata de un ejemplo para apoyar un argumento general y no de una acusación de ningún tipo, omito el nombre de la institución aludida. Por otra parte, se trata de un centro de investigación cuya evaluación no podría ser reducida a este solo aspecto.
2. Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, F.C.E., Buenos Aires, 1994.
3. Max Weber, *La ciencia como vocación*, Alianza Editorial-CNCA, México, 1994, pp. 17-18.
4. Karl Popper, "A world of propensities", citado por Manuel Travijano. *En torno a la ciencia*. Tecnos, Madrid, 1994.
5. José Medina Echavarría, *Responsabilidad de la inteligencia*, F.C.E., México, 1987, p. 46.